George Ticknor:

SUUM CUIQUE.

Accessions 115469

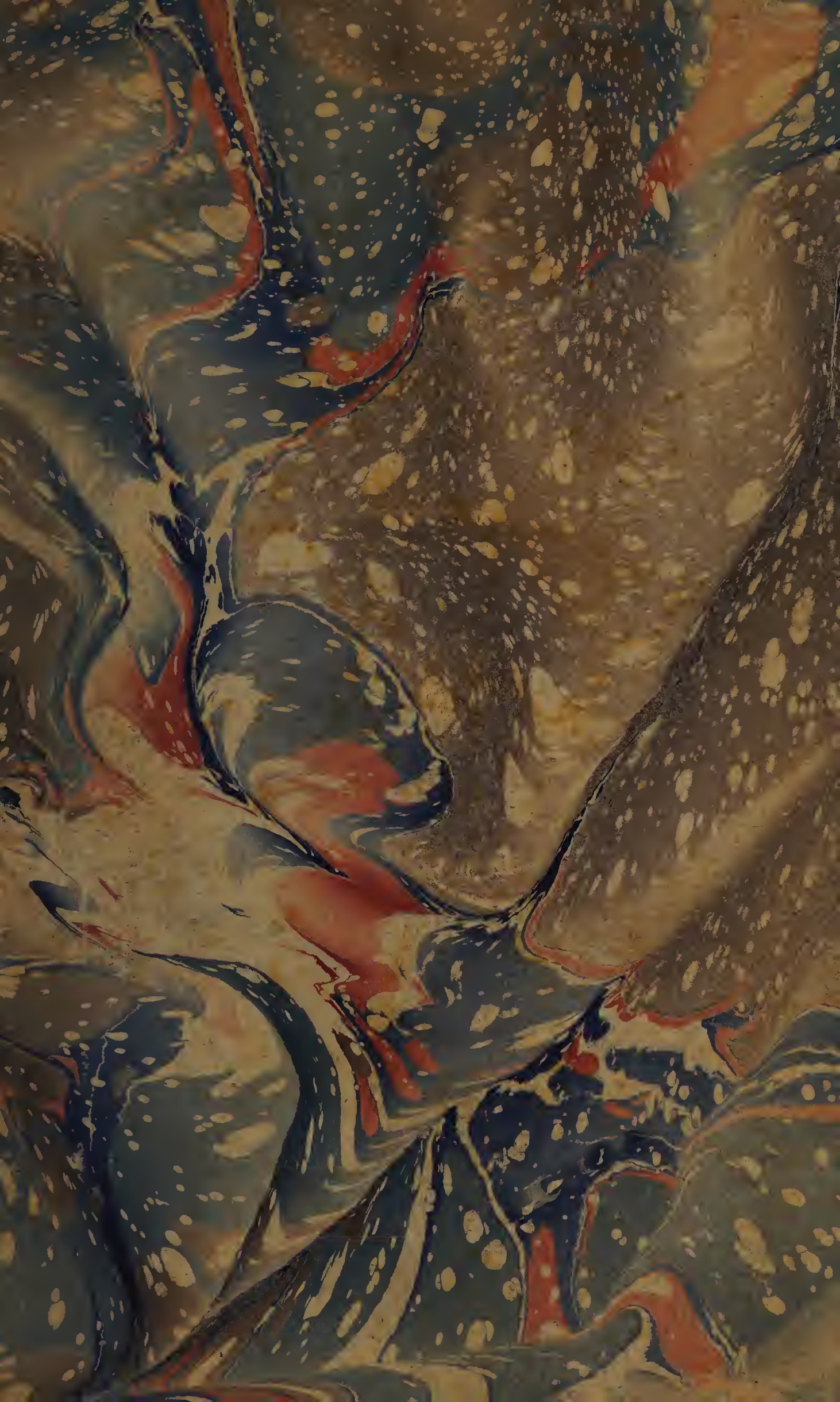
Shelf No. 2.152.13

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26th 1871.

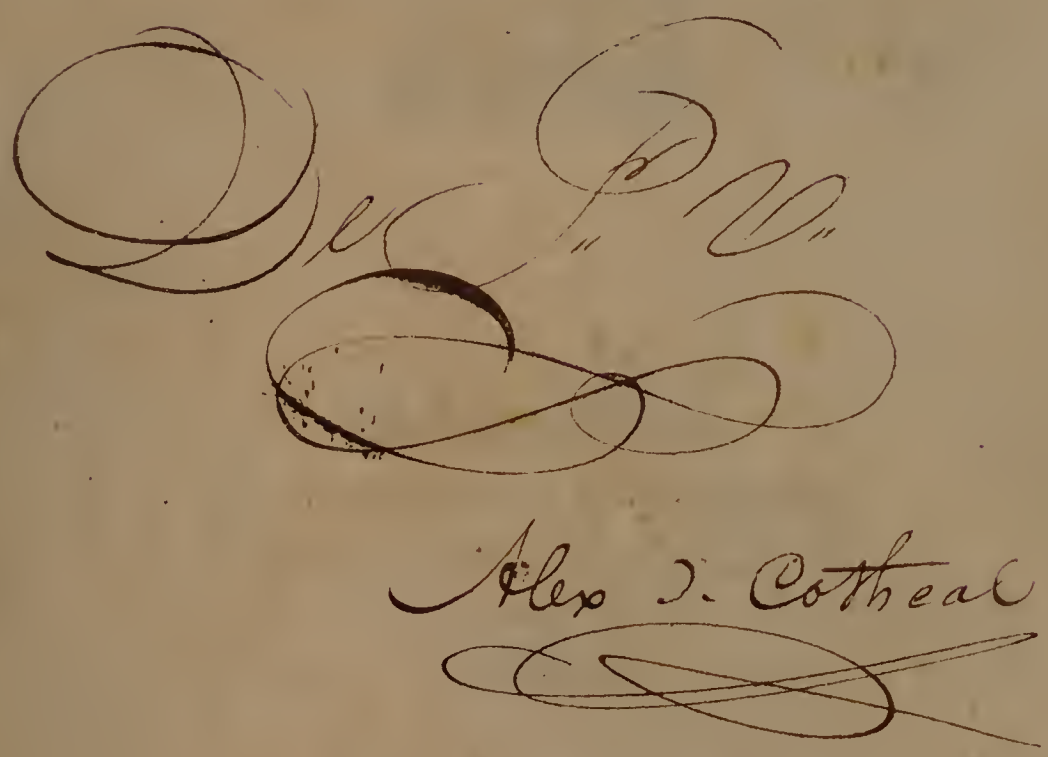


1350

no. 25

E. 6. a

POESIAS.



POESIAS

DE

D. JOSE DE ESPRONCEDA.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

D. 152
112

115269
G. T.

Pocos libros se han publicado recientemente en España, con menos necesidad de prólogo, que el de las elegantes poesías del Sr. DON JOSÉ DE ESPRONCEDA, que ahora sale á luz. Mientras ausente el poeta nos afanamos sus amigos en completar la coleccion, mas por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habria hecho su cooperacion dificilísima, anímanos en nuestra halagüeña tarea, la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo, y de verdadera importancia para la literatura española, reunir en un solo cuerpo, esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos,

ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y, en nuestros dias, inaudito.

No se ofrecen, pues, al público, las poesías de ESPRONCEDA, con ánimo de esplorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable; que pronunciada ya, por unanimidad, hace muchos años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata*, el *Mendigo*, el *Verdugo*, el himno al *Sol* y otras muchas, escitaran en los liceos y academias, en la prensa periódica de la capital y de las provincias, en los salones mas cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez, por mas que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto, fuera impertinencia pedirle que rectificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Pero la misma benevolencia del juicio, exige de los amigos del poeta, que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que le componen, le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices, ora ilustrando su mente, ora depurando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el examen crítico de las poesías de ESPRONCEDA, ni convenientes nunca, los esfuerzos que se dirijen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavia nos

abstendríamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores, pueden presentarse sin esplicacion ni apología: cuando estas se intentan, llevan, por lo comun, la mira de demostrar que lo frio, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo cual suele responder el público, por evitar debates, que bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será ilícito emitir la opinion de que estan mas que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanicion de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten, mas que sienten, ó mas que saben, los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelacion; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la naturaleza con tanta verdad, que la vemos alli fecunda, viva y en movimiento, tal cual en el mundo ideal ó en el físico la sentimos; descubriendo, ademas, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras, y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamas hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones, y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiracion; pero el libro del poeta es el mágico espejo, adonde se descubren los arcanos y misterios profundos de

la beatitud que á veces dulcifica el alma, del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe; arrancó sus secretos al mas puro y recóndido sentir del espíritu humano; y en una lengua castiza, armoniosa, facil, digna del alto asunto que esplicaba, describió los raptos del corazon, el vuelo de la fantasía, arrebatándonos consigo, ya hasta el Cenit dorado desde donde apostrofa al sol.....

Vívido lanzas de tu frente el dia;
Y alma y vida del mundo,
Tu disco, en paz, magestuoso envia
Plácido ardor fecundo;
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

ya á las remotas playas desde donde dirige á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable uncion crece en cada estrofa:

¡Cuan solitaria la nacion que un dia,
Poblara inmensa gente;
La nacion cuyo imperio se estendia
Del ocaso al oriente!

Solo deploramos los amigos de ESPRONCEDA, que á pesar de nuestro esmero, puedan haberse deslizado algunas pequeñas incorrecciones tipográficas en

el discurso de la obra; pues no hallándose en Madrid el autor, no hemos podido solventar las dudas de poca consecuencia, y mucho menos nos hemos tomado la presuntuosa libertad de profanar el testo.

Permítasenos antes de concluir esta brevísima introduccion, tributar el homenage de nuestra gratitud, al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia, han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. DON ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus mas aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazon, de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid junio de 1839.

José García de Villalta.

ÍNDICE.

ENSAYO ÉPICO.=*Fragmentos de un poema titulado el Pelayo. pág.* 3
POESÍAS LÍRICAS.=*Serenata.* 67
A una dama burlada. 71
A la noche, romance. 75
El pescador. 81
Oscar y Malvina. 85
El combate. 90
Al sol, himno 93
CANCIONES.=*La cautiva.* 99
Cancion del pirata. 103
El canto del cosaco. 109
El mendigo. 115
El reo de muerte. 121
El verdugo. 129
ASUNTOS HISTÓRICOS.=*A la muerte de Torrijos y sus compañeros.* 135
A la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra). 137
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata. 141

¡Guerra! 149
A la patria, elegia. 153
Soneto. 157
A una estrella. 159
A Jarifa en una orgia. 165
CUENTO.=*El estudiante de Salamanca.* 171

CORRECCIONES.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Lease.*
7	16	desapareció :	despareció :
12	18	mismo	él mismo
13	1	en	con
18	20	cual	cuan
19	13	juvenil y ansioso;	juvenil, y ansioso
20	17	Retumba el valle	Retumba el valle:
22	12	carrera	carroza
22	15	medraba	mediaba
43	15	adorne su cabeza	adornen sus cabezas
49	4	de amor	amor
63	16	improvista	imprevista
83	11	á la	la
83	12	el	al
88	22	feliz y vagaroso:	feliz; y vagaroso
90	7	mitad él	mitad del
92	8	reverbera la	reverbera á la
95	1	trémulo	trémula
95	11	círculo	círculos
97	4	descienda:	descienda,
97	7	sepultado,	sepultado:
107	2	ronco	negro
103	7	el mar	mar
110	17	volad	volad!
110	17	deseos!	deseos,
119	4	transpire en el medio	transpire en medio
130	11	á mi	á mí,
130	12	al	el
130	17	ved	mirad
138	20	guardad.	jurad.
144	7	á la	la
144	17	imprudente	impudente
145	8	librará	labrará
164	5	recordarás	recobrarás
169	12	el descansar.	descansar.
243	6	mal	mas

Y el verso que en la página 88 dice :

Que del arpa al sonido &c.

debe leerse de este modo.

Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna

A ***

dedicándole estas poesías.

Marchitas ya las juveniles flores,
Nublado el sol de la esperanza mia,
Hora tras hora cuento y mi agonía
Crecen y mi ansiedad y mis dolores.

Sobre terso cristal ricos colores,
Pinta alegre tal vez mi fantasía,
Cuando la triste realidad sombría
Mancha el cristal y empaña sus fulgores.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira entorno indiferente el mundo,
Y entorno gira indiferente el cielo.

A tí las quejas de mi mal profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envio:
Mis versos son tu corazon y el mio.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

ENSAYO EPICO.

FRAGMENTOS

DE

UN POEMA TITULADO

EL PELAYO.*

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma, inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:

* Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes, que el autor ha sufrido, han estraviado la mayor parte de los manuscritos, y solo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfia de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, ruina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y, lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

.....

.....

.....

III.

Todo es placer: de su mansion de rosa
La primavera cándida desciende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende;
Templa del mar la furia procelosa,

El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

IV.

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y, recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solícito besándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina,
Y al dulce beso la cabeza inclina.

V.

Y en el pensil, dó con rosada frente
El halagüeño abril pasa riendo,
A la sombra de un arbol eminente
Está la juventud danzas tegiendo;
Cual á la margen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cual del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

VI.

Alli Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda;
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye, infeliz, su mísera querella;
La ve humilde á sus pies, la vé mas linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

VII.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en antes transparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del universo;
Que ya la voz de la inocencia sube,
Que en llanto el gozo trocará al perverso;
Y á la luz del relámpago se muestra,
Del rayo armada la divina diestra.

VIII.

Súbito un trueno retumbar se siente:

«Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
Y al Rey ensalza que Jehová castiga:
«Himnos, vivas al Rey.» Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

IX.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus alas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

X.

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio dó el placer ardia,
Dó el misero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia:
Guerra y desolacion el triste fruto

Al fin será de su lascivia impia,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras debil llanto.

XI.

¡Maldicion, maldicion! yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XII

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impio,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso rio;
Y el Rey Asirio con amarga pena
Vió en el muro de marmol con sombrio
Fuego animarse escrito sobre humano,
Trazado alli por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

.....

.....

Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacia el Rey, apena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impia,
La aterradora vista al Rey clavada
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno estraña gente armada
Sus despojos alegre dividia,
Y oyó sus quejas, y escuchó sus voces,
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y al angel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chinborazo, y á él llegarse,
Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que, al acercarse,
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando alli tremendo sobrescrito,
Que le marcara por de Dios maldito.

IV.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,

Crugir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes;
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó tambien por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegria.

V.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando mas su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazon le hiela,
Procura desasirse y mas le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela:
Asi fiero dragon trilingüe punta

Vibra y se enlaza al animal que cela,
E hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con mas ahinco los levanta
Los vé volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja.
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonia
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta;
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

.....

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA

DEL GUADALETE.

I.

En vano en prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina;
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras debil llanto.

II.

Orgulloso torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror dó quiera cunde;
Asi al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antiguos troncos, arde el suelo,
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

V. p. 279

III.

Rompe el alarbe, y fiero desbarata
Cuanto encuentra y los campos raudo asuela;
Al labrador sus mieses arrebata,
Pavoroso terror las gentes hiela;
La virgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el dia

En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez debil resiste,
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcazar mira.

.....

.....

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra

Do baña el Lete el muro jerezano:
¡Ay! á la lid del ocio se destierra
¡Oh cara patria! y se prepara en vano
Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Despareció del Godo la osadia
Y el antiguo valor: las armas ora,
Noble egercicio de su esfuerzo un dia,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la Luna impia
Tremolan á los aires vencedora,
Los que el mundo, belígeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente,
La regia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
Mísero en vano el corazon alienta,
No vé sobre él ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fertil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire vá tendida la bandera,
La trompa agita el sonoroso viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el cielo en su sombroso manto
Lóbrega encapotó; tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido

Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo, de su disco despedido
Doraba de Jerez la alzada frente;
Quiebra entre tanto morrion bruñido
Dardo mortal y arnés resplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La estensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros:
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los rios su curso con pavor reprimen,
Y los montes al son medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guia
Ligera entre sus fuertes escuadrones;
Radiante en vano su corona envia
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
Cuál otro rige ya de aquel que un dia

Toledo vió entre nobles campeones,
Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazon anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo
Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil y ansioso;
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:
Párase en tanto el rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.

.....

XVI.

Entre tanto el clarin súbito suena
En nuestro campo, y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta, el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros pies retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en son confuso á redoblarse;
El acero saltando centellea,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle al golpe repetido

Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No mas veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estrellan
Con golpes reciamente redoblados,
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Asi en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento
Rompe la carcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento

En que el orbe firmísimo se afierra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan,
No hay ceder; no hay calmar: inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan,
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carrera de oro
Vibrando del Zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Medraba el dia en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguija su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace,
Pavor, desolacion, muerte, rüina
Su alfange en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le vé: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda,
Tercia su lanza, las hijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á dó el moro intrépido combate,
Llámale en alta voz á lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el troton para,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,

Sobre el arzon el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Sereno el rostro, en ademan forzudo
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

No mas pronto entre humo, y fuego, y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni asi fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas bóreas arrebata,
Ni montaráz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante rio, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando

El pecho al musulman fiera ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

«¡Maldicion sobre tí!» grítale el moro
Y ya su alfange en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnés y en furia crece;
No asi mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera;
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga, y yelmo, y barras, y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa, cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada
Dando un gemido de mortal despecho;
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entonces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano escita:
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida

Revuelve el héroe su tajante acero,
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte, y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro, y lidia, y lucha en vano.

XXXIII.

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aun con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor, ni esfuerzo, ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

.....

.....

.....

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste ¡oh hijo de Rodrigo!

Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria,
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo;
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torbo ceño:

XXXVI.

Asi el heroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre marchando perezoso
Con palabras su ardor mal reprimido:
No es ya el diestro y galan joven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;

Ora guerrero intrépido le muestra
La agena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor lejos del pasado estruendo,
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadaveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas y el vigor reparan.

.....

.....

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas y presto del asiento
Cercano á la del Rey augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pie y armado reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla;
Al punto aqui castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX.

«¿Tregua? Jamás! ó vencimiento ó muerte:
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continua guerra al corazon del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.

Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL.

Dijo y fuego su vista derramada
En torno de nosotros despedia,
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenia;
Y en su ademan y vívida mirada
Al genio de la noche parecia
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral rüina.

XLI.

«¡O triunfo, ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos dél, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron;
Con muestra humilde y plácido semblante
Cuando á la voz del Rey todos callaron,
Opas el labio de dulzura lleno
Abrió exhalando su infernal veneno.

XLII.

«¡Con cuanto gozo, dijo ¡oh capitanes!
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII.

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria,
Goza heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.

XLIV.

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado,

No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado
Cual visoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Gefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena
Y su ardimiento generoso enfrena.»

XLV.

Llegaba aqui cuando en redor se estiende
Sordo murmullo que al malvado espanta,
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta;
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento,
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

»No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,

Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozca mísero y cobarde.

XLVII.

» Mas ¿que vale triunfar, que el ardimiento,
Ni que vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guia?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada?

XLVIII.

» Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamas antes vencidos;
Luego decid si galardon merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

XLIX.

»Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza.
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un dia,
Y os promete despues nueva osadía.

L.

»Un dia solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhúmana
Y el sonoro clarin los aires hienda;
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heroica hueste y su furor suspenda,
Y vosotros, ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI.

Así robando á la virtud su acento,

Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento
De infausta muerte precursor seguro;
Llamas, guerras, horror, males sin cuento
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronando horrísono el averno
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso,
Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso;
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y él hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta en tanto de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
Y humildes gracias al empíreo asiento
Un virgen coro armónico levanta,
Y «hossana, hossana,» sonoroso canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo,

Resuena solo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocado el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino,
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y alli Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan y el glorioso acento
Se siente al eco resonar süave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,

Tornan y al muro magestuosos giran
Míseros ¡ay! y júbilo respiran.

LVII.

El campo todo venturoso rie;
Alli la virgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie,
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro,
Y fiesta, y triunfo, y algazara, y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

.....

.....

Un alcazar de pórfido luciente
Junto al famoso Bétis se levanta,
Dó la riqueza y esplendor de Oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con magestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno dél respetüosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita
Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste,
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero

Y de estatura y miembros de gigante
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon ¿á dónde el brio
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adorne su cabeza nuestras lanzas.

VI.

»Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones

Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo y rugando la ceñuda frente
.....
.....

VIII.

»Mas no tu solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo cual tú tambien el ansia apruebo
De gloria, y de combate, y de matanza;
Sienta ese Rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo.

IX.

»Vé, Soliman: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas

A España mi terrible mandamiento.»
Dijo y le escucha el musulman apenas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y zeloso del Rey se abrasa en ira.

X.

Con grata muestra entonces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano
Inclinando la faz las manos llevan:
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan,
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente para.

XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,

Que estendió la agarena monarquía.

XII.

»Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse,
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño magestuoso,
Y á un lado y otro del salon se estiende
Y ante él se postra el séquito humildoso;
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

.....

.....

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION

DE UN SERRALLO.

.....

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa

Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II.

Alli cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala;
Quemada en pipa de ambar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala,
Y mientra en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento,
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,
Y en sus ojos de amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea

La en torno casi transparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son süave de las harpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII.

Sonrie acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

.....

.....

CUADRO DEL HAMBRE.

IX.

.....

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia,
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía;
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

X.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,

Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quien con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

XI.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cual mordiendo en sí mismo en ansia espira;
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrugiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XII.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror sin movimiento
Ávidos fija sobre el muerto hermano,

Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

XIII.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos;
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

XIV.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun dia;
Ora las aves de rapiña ahuyenta
Ávido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XV.

Cual al lanzar el postrimer aliento,
Vé feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja;
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XVI.

El moribundo lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hombre le aprieta á cada instante,
El ave mas profundizar ansía,
Hasta que asi y el uno al otro junto
Muertos al fin quedaron en un punto.

.....

.....

FRAGMENTO SESTO.

I.

.....

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba;
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
Del orbe la honda base estremecia.

II.

Todo era horror, y en la comun tristeza
Unico asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imagen de Jesus postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Lejos de todos solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,
El noble gefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pensar doliente,
Apenas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados

El anciano á sus pies tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan solo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento

V.

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes mas bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quién resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije y en tanto el mísero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI.

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
La causa de mis lágrimas: dichoso
Tú mil veces ¡oh jóven! que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso;
Por mas que en tí con ímpetu se cebe

La cólera del hado rigoroso;
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII.

Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inutil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confio,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII.

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron;
Su grave rostro del dolor marcado
Dó á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido aun con magestad lucia.

IX.

«Teudis, le dige, el ánimo sustenta:
Álzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh jóven! respondió; dime ¿qué intenta
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brío;
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

.....

.....

XI.

Entretanto en el templo amontonados
Hombres, mugeres, niños se veian,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecian;
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucian:
A par del trueno el huracán bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entonces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí, pero con digna muerte.

XIII.

»Si es fuerza perecer como valientes,

Perezcamos al pie del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes:
La paz, la sumision nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿Preferireis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guia,
Tan dilatada y mísera agonía?»

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentian,
Que aun no apagado el generoso aliento
Ni el entusiasmo bélico tenian:
Todos al punto luego en movimiento
Mi voz en-derredor solo atendian.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV.

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brío;
Tal vez nuestro valor logre ventura,

Tal vez venganza del alarbe impío:»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angústia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracán y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga cuidadosos,
Cerca del campo musulman llegamos;
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.

.....

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nòsotros agolpada;
En las cristianas lanzas recibida
Fue su improvisa cólera estrellada;
Torna al asalto y dobla la pelea:
El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX.

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cual hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuenta,
El arma destinada al enemigo;
Este si descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la improvista punta.

XX.

Cual alli solo contra mil pelea,

Y al frente y al redor hiere y maltrata,
Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

.....

.....

POESIAS LIRICAS.

Serenata.

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores;

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantilena amorosa:
«Yo te adoro.»

En el regazo adormida

Del blando sueño presentes
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
Feliz te finjes, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro

Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,

Y alli esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.

Que en fragancia deleitosa
Vuela tambien á la diosa.
Que enamoro,

El eco grato que suena,
Oyendo mi cantilena,
«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mio
Vuela á tí suspiro tierno
Con mi acento;

En él, mi Elisa, te envio
El fuego de amor eterno,
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro

Que le escuches con ternura,
Y le oirás cómo murmura
«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja;
No prive el sueño tirano
De tu risa

A Delio, que está á tu reja,
Y espera ansioso tu mano,

Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada
Dice á tu puerta enlazada
«Yo te adoro.»

Lóndres: 1828.

A una Dama burlada.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creeis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos quereis;
Si tanto ingenio teneis
Que entreteneis tres galanes,
¿Como salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
Al primero:
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero,

Y con doloso
Sortilegio en tu prision
Entró un tercer corazon:
Viste á tus pies tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
Ó ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
Á un tiempo los tres galanes,
Sin saberlo tú, leian
Que mentian
Tus afanes.

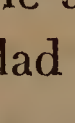
Ellos de tí se burlaban;
Tu reias;
Ellos á tí te engañaban,
Y tú, mintiendo, creias
Que te amaban:
Decid ¿quién aqui engañó?

¿Quién aqui ganó ó perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes. (1)

(1) Estos versos componen una cancion que el autor puso en boca del page Jimeno en la novela histórica, titulada Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar.

A la Noche.

ROMANCE.



Salve, ó tú, noche serena,
Que al mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo lejos
Mas acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido

Del mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El magestüoso rio
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogares le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena, preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!

¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbra,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con magestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el rio
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,

Que terso espejo relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.

El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre-clarear la luna.

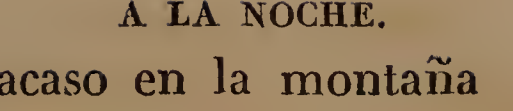
Por el espeso ramage
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebran,
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa süave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algun lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algun murmullo se juntan
Tal vez, haciendo mas grata
La faz de la noche augusta.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.



EL PESCADOR.

Pescadorcita mia,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,
Cual nunca enamorado
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
Y acalla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
Tambien en calma está:
A mi batel desciende,
Mi dulce amada hermosa,
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aqui apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles
El ámbar y las mieles
Que vierten, libaré.

La mar adentro irémos
En mi batel cantando
Al son del viento blando
Amores y placer;
Regalaréte entonces
Mil varios pececillos,
Que al verte simplecillos
De tí se harán prender.

De conchas y corales
Y nacar á tu frente
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;
Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En tí, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;
Y sílfidas y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
À par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla,
Completa mi fortuna:
Naciente ya á la luna
Refleja el ancho mar:
Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA.

Imitacion del estilo de Osian.

(A tale of the times of old.)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morvén, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Osian resonó un dia
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste

Su acento de dolor lánguido y dulce,
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando guerra
Al rumor del torrente parecia,
Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual muda la ribera
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
Ó en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el ruido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcazar de Fingal cubierto
De innoble musgo y yerba,

Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Dó de Carril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Moina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar: tiernos se amaron,
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar de negros ojos: en las paces
Dulce su corazon como los rayos
Del astro bello precursor del dia,
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguia
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traia,
Y su Malvina hermosa
Tierno llanto vertiendo le decia:
«¿Dónde marchas, Oscar? sobre las rocas
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No mas fatigaré vibrando el arco

Por el monte las fieras,
Ni á tí cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya mas la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros
Preguntaré anhelante,
Y ellos pasando junto á mí ligeros
Responderán: «¡Murió!» Dice y espira
En sollozos su acento mas süave
Que del arpa el sonido, al vislumbrar la luna
En solitario bosque y escondido.
«Destierra ese temor, Malvina mia,
Oscar responde con fingido aliento;
Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso tambien: mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás y entre las nubes
Yo sonreiré feliz y vagaroso:
Allá en la noche fria
Bajaré á tu mansion, verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.»
Y dice y se desprende de los brazos

De su infeliz Malvina:
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del estenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiante,
Rápida exhalacion. Yace en silencio
El campamento todo,
Y solo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envia
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se vé brillar, ora perdida
Pardo vellon de nube la arrebata,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Asi á veces Oscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad él á cenizas reducido.
«Levántate Cairvar; Oscar le grita;
Cual hórrida tormenta
Eres tú de temer, mas yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía,
La lanza apresta y el escudo embraza,
Álzate pues, que Oscar te desafia.»
Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.
«¿Quién osa del valiente,
En voz tronante grita,

Ora turbar el sueño, y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente?»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas,
Oscar de negros ojos le responde,
.....
.....
Hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena,
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su son, dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza,
Y su insolente orgullo y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo
Oscar yace tambien: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste

Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adios aun no enjugaste
Las lágrimas hermosas,
Tú mas dulce á tu Oscar que las sabrosas
Auras de la mañana.
Siempre sola estarás: si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera la luna,
En tu ilusion dichosa
Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgorosa:
Pasará tu delirio
Y verterás el llanto de amargura
Sola y desconsolada:::::
«¡Ay! Oscar pereció!» gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

Al Sol.

HIMNO.

Para y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guia.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á tí llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera tambien su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaria,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos

Mirando sin cesar los fijaria.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te via
Y en contemplar tu luz me embebecia!
De los dorados límites de Oriente,
Que ciñe el rico en perlas Occeano,
Al término sombroso de Occidente
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el dia,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz magestuoso envia
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del Cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde alli tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica, encendida cabellera

En el seno del mar trémulo agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado dia
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculo se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crugieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú como Señor del mundo
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,

Y tu faz engreias,
Y á otros mundos en paz resplandecias.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Occeano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientra inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso dominando?
No; que tambien la muerte
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un dia
Con doble resplandor esclarecia!!!
Goza tu juventud y tu hermosura
¡Oh sol! que cuando el pavoroso dia

Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre Soberano,
Y allá á la eternidad tambien descienda:
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombria
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES.

La Cautiva.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso,
En su lecho suntüoso
Se agita insomne el señor.

Se agita: mas ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo,
No llora en mísero duelo
La libertad que perdió:
Los campos vé que á su infancia

Horas dieron de contento,
Su oido halaga el acento
Del pais donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.
Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viagero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar:
Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima estraño respiro,
Y amo á un estraño tambien;

No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... no puedo,
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré tambien odiar?

¡Adios, patria! ¡adios, amores!
La infeliz Zoraida ahora
Solo venganzas implora,
Ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
La sumisa enamorada,
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir. (1)

(1) Esta cancion tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa, á toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantin:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo el mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y vé el capitan pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul (1).

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

«Navega, velero mio,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.»

«Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.»

«Que es mi barco mi tesoro,
»Que es mi Dios la libertad,
»Mi ley la fuerza y el viento,
»Mi única patria la mar.»

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos Reyes
Por un palmo mas de tierra;
Que yo aquí tengo por mio
Cuanto abarca el mar bravío,

A quien nadie impuso leyes.»

«Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.»

«Que es mi barco mi tesoro....

»A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Solo quiero
Por riqueza

La belleza
Sin rival.»

»Que es mi barco mi tesoro.....

»¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio;
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.»

«Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.»

»Que es mi barco mi tesoro....

»Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,
Del ronco mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.»

«Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.

»Que es mi barco mi tesoro,
»Que es mi Dios la libertad,
»Mi ley la fuerza y el viento,
»Mi única patria la mar.»

El canto del cosaco.

Donde sienta mi caballo los pies
no vuelve á nacer yerba.
Palabras de Atila.

CORO.

«¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
»La Europa os brinda espléndido botin:
»Sangrienta charca sus campiñas sean,
»De los grajos su ejército festin.»

¡Hurra! á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda á combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí,

Son sus hembras celestes serafines,
Su sol alumbra un cielo de zafir.
»¡Hurra, cosacos del desierto.....

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados menos que mugeres,
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad, sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus pies.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

Dictará alli nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! volad á hartar nuestros deseos!
Las mas hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

Desgarrarémos la vencida Europa,
Cual tigres que devoran su racion;

En sangre empaparémos nuestra ropa,
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Regias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

Venid, volad, guerreros del desierto,
Como nubes en negra confusion,
Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en monton.
Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebata el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol mas puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tibre sus bridones;
Yerta á sus pies la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La Fada de los triunfos arrulló.

»¡Hurra, cosacos del desierto...

¡Qué! ¿no sentís la lanza estremecerse
Hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabien nos dán?
Escudo de esas míseras naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

¿Quién en dolor trocó sus alegrias?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos dias?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! gloria al mas valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta racion de carne cruda
Bajo la silla sentireis hervir.

Y allá despues en templos suntüosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.
»¡Hurra, cosacos del desierto...

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y á esa caduca Europa á nuestros pies,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar tambien otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

»¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
»La Europa os brinda espléndido botin,
»Sangrienta charca sus campiñas sean,
»De los grajos su ejército festin.

EL MENDIGO.

«Mio es el mundo: como el aire libre,
»Otros trabajan porque coma yo;
»Todos se ablandan si doliente pido
»Una limosna por amor de Dios.»

El palacio, la cabaña
Son mi asilo,
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña,
Ó que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,
Y sin pena

Y descuidado
De su cena
Ceno yo.
Ó en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,
Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntüoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo; el viento brama,
Caiga furioso turbion;
Que al son que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.
»Mio es el mundo como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto
Quienes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza,
La pobreza
Santidad:
Dios á veces
Es mendigo,
Y al avaro
Da castigo,
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
»Mio es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,

Entre harapos
Del lujo sátira soy,
Y con mi aspecto asqueroso
Me vengo del poderoso,
Y á donde vá tras él voy.

Y á la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi vóz:

Mostrando cuan cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena
Que no transpire en el medio del placer.
»Mio es el mundo; como el aire libre...

Y para mí no hay *mañana*,
Ni hay *ayer;*
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflije ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ageno
De memorias,
De cuidados
Libre estoy;
Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.
Y dó quiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den;
Yo soy pobre

Y al mendigo
Por el miedo
Del castigo
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera,
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.

»Mio es el mundo: como el aire libre,
«Otros trabajan porque coma yo;
»Todos se ablandan, si doliente pido
»Una limosna por amor de Dios.

El reo de muerte.

Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!!!

I.

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste dia
Que pronto amanecerá,
En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo,
Y la enlutada capilla
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral,

Y junto al mísero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad:
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor ó de amargura?
¡Ay! á aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un jóven y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Vé ya la muerte en acecho,
Su corazon en su pecho

Siente con fuerza latir,
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que ya viejo y postrado
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora
Rompe el silencio? resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan, el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desorden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas

De la mansion infernal.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Maldicion! al eco infausto
El sentenciado maldijo
La madre que como á hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago dia
Y la hora en que nació.

II.

Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud;
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el mísero que espera
Para morir, despertar:
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:
Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Y el juez tambien en su lecho
Duerme en paz!! ¡y su dinero
El verdugo plancetero
Entre sueños cuenta ya!!
Tan solo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo

El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida.
Recuerda
Y olvida,
Suspira,
Respira
Con hórrido afan.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frio,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal;
Y cuanto mas forcejea,
Cuanto mas lucha y porfia,
Tanto mas en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:
Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La muger que un tiempo amó,
Bella y dulce cual solia,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano
Su esperanza á realizar,
Su ilusion la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frio
Y un cadalso en su lugar:
Y oye á su lado en son triste
Lúgubre voz resonar:
Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fuí,
Y se evitan de odiarse á sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador;
Y se dijeron
«Que nuestra vergüenza comun caiga en él;
Se marque en su frente nuestra maldicion;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldon
Sean la herencia
Que legue al hijo,
El que maldijo
La sociedad.»
Y de mí huyeron,
De sus culpas el manto me echaron,
Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?
Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
Copia tambien!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal,
Que ya entre sus dientes se siente crujir,
Así á mi instrumento del genio del mal
Me arrojan al hombre que traen á morir.
Y ellos son justos,
Yo soy maldito,
Yo sin delito
Soy criminal:
Ved al hombre
Que me paga una muerte; el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico *¡ay!*
Y el crujir de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,
Son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,
Del triste saltando
La hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí entre el bullicio del pueblo feroz
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.
Que de los hombres
En mí respira
Toda la ira,
Todo el rencor:
Que á mí pasaron
La crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mia
Gozo en mi horror!

Ya mas alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron
Y mecido en los hombros de un Rey:
Y en él se hartó,
Embriagado de gozo aquel dia
Cuando espiró;
Y su alegria
Su esposa y sus hijos pudieron notar;
Que en vez de la densa tiniebla de horror,

Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
Con su encono
Sobre el trono
Se asentó:
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En el miró.

En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavia contempla existir;
Y en vano es que el hombre dó brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir,
Preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta

Un crimen mas.
Y yo aun existo,
Fiel recuerdo de edades pasadas,
Á quien siguen cien sombras airadas
Siempre detrás!

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mio, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un angel
Presta gracia á tu risa infantil.
¡Ay! tu candor,
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspira horror.
¡Oh! tu ternura,
Muger, á que gastas con ese infeliz?
¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
Ahógale y piensa será asi feliz!
¿Que importa que el mundo te llame cruel?
Mi vil oficio
Querrás que siga,
Que te maldiga
Tal vez querrás!
Piensa que un dia
Al que hoy miras jugar inocente,
Maldecido cual yo y delincuente
Tambien verás!!!!!

ASUNTOS HISTORICOS.

A la muerte de Torrijos y sus compañeros.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres estan ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchia
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado dia.
Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

A la muerte

de

DON JOAQUIN DE PABLO

(Chapalangarra).

Desde la elevada cumbre
Dó el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un jóven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde alli su patria,
Desde alli dó á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara,

Solo entonces, contemplando
El suelo que ellos pisáran,
Y que aun torrentes de sangre
Recien derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y armas;
Se sienta en la alzada cima,
A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama,
Negra cítara pulsando
Endechas lúgubres canta.

»Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dád al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros ¡oh nobles guerreros!
De la patria sostén y esperanza,
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano guardad.»

CORO DE VÍRGENES.

«Danos, noche, tu lóbrego manto;
»Nuestras frentes enlute el ciprés;

»El robusto cayó: su sepulcro
»Del inicuo mancharon los pies.

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.
Cayó en ellos la gloria de España,
Cayó en ellos Depablo valiente,
Y la patria inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varon.
Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruje en la fúnebre losa,
Aherrojado á sus pies, el leon.

CORO DE MANCEBOS.

«Traicion solo ha vencido al valiente;
»Sénos astro de triunfo y de honor,
»Tú, que siempre á los déspotas fuiste
»Como á negras tormentas el sol.»

DESPEDIDA

DEL

PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APOSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz mas amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Alli en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,

Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Porqué al nacer crüeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

»¿Porqué yo fuí por mi fatal destino
Unido á tí desde la tierna cuna?
¿Porqué nos hizo iguales en riqueza
Y en linage tambien mi desventura?

»¿Porqué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mútua
Ambos tegimos el infausto lazo
Que nuestras almas míseras anuda?

»¡Ah! para siempre adios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusion de la esperanza,

Y es vano amar sin esperanza alguna.

» ¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

» Vil sumision, y en sórdida avaricia
Vende su patria á las riquezas turcas.
El apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

» De rebeldes dó quier: su voz comprada
Culpa á su patria y al tirano adula.
El nos ordena ante el sultan odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

» Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazon circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

» No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes ruinas, áridas llanuras,
Cadáveres no mas serán su imperio,
Será solo el señor de nuestras tumbas.

»Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á tí, todos ¡oh muerte!
Y á tí, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
Ó eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre tambien, si ora imprudente
Só el poder del Islam su patria insulta,
Pronto verá cuan formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

«Marcha y dile por mí que hay mil valientes,

Y yo uno de ellos, que animosos juran
Morir cual héroes ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

» Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aun: que nuestra furia

» Nos librará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que solo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

» El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios á la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.

» Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

» Pasado hubieran tan dichosos dias!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!

¡Cómo entonces mi mano enjugaria
Las lágrimas que viertes de amargura!

» Tú padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
Cuando la Grecia la servil coyunda
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

» De la alma libertad, pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traicion inmunda,

» Y desolar mi patria le ofrecia,
Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultan!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,

» Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.
¡Ah! para siempre á Dios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,

» Y va á arrancar tu corazon del mio,
Tan solo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpetuas dichas

Las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre á Dios... tente... un momento
Un beso nada mas.... es de amargura....
Es el último ¡oh Dios!.. mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca

»Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminára muerte aqui mi angustia,
Y aun muriera feliz! Mis ojos quema
Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!

»¡Quién resistir podrá!--Basta, la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido
Suavizando el rigor de la fortuna,

»La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan. A esperar consuelo
La hija del Apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,
Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¿Oís? es el cañon. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañon venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacía,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas;
Y retumban al son las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando,
Brilla en los rostros el marcial contento,
Y donde quiera el generoso acento
Se alza de patria y libertad tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
Y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»
¡Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reir los foragidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan solo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aun mas nuestro rencor.
¡Oh! siempre dulce patria
Al alma generosa;
¡Oh! ¡siempre portentosa
Magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del iris de la paz.
En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,

Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito que las almas
Inunda de alegría,
Tu nombre que á esa impía
Caterva hace temblar.
¿Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.
¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos rios,
Y atónito contemple el Océano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.

Truene el cañon: el cántico de guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzad;
Ved, ya desciende á la oprimida tierra
Los hierros á romper la libertad. (1)

(1) Estos versos se leyeron en una funcion patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz en 22 de Octubre de 1835.

A la Patria.

ELEGIA.

¡Cuán solitaria la nacion que un dia
Poblara inmensa gente,
La nacion cuyo imperio se estendia
Del Ocaso al Oriente,
Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,
Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En tí vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, patria mia;
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano y la segur impía
Manejó placentero.
Só la rabia cayó la virgen pura

Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.
¡Oh vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento;
¿Igualarse podrán ¡ah! que dolores
Al dolor que yo siento?
Yo desterrado de la patria mia,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía
Y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caidos tristemente

El llanto está agolpado.
Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.
Mas ora como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre yerba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brio
Burla y goza en su pena.
Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.
Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Lóndres 1829.

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa.
Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegria:
Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

A una estrella.

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazon latir?
¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creiste
Eterna tu ventura que pasó?
Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria, y paz, y amor, y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.
Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.
Y era tu luz voluptüosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,

Inspiraba en el alma un ansia eterna
De amor perpetuo y de placer sin fin.
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Solo un recuerdo al corazon quedó.
Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar,
Si amor aun al corazon inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay, lucero! yo te ví
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar sentí
Mi corazon dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucia
Con mas brillante fulgor,
Mientras yo me prometia
Que jamás se apagaria
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante

¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste y en mi ilusion
Yo aquel esplendor te dí,
Que amaba mi corazon,
Lucero, cuando te ví?

Una muger adoré
Que imaginára yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusion la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y, astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrias,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasias,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusion
Para nunca mas tornar,
Y pasaron,
Y solo en mí corazon
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
Tambien tu puro fulgor,
Y lloraste;
Tambien como yo sufriste,
Y el crudo arpon del dolor
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caido
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto:
Pues nuestra gloria pasó,
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente;
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!.. tu recordarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente mas puro que el del sol.

A mí tan solo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusion,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazon.

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

A Jarifa en una orgia.

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y pósala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aun los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¡Qué la virtud, la pureza!
¡Qué la verdad y el cariño!
Mentida ilusion de niño
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida
Sin sentir huya la vida,
Paz me traiga el atahud.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazon.
Huye, muger; te detesto,
Siento tu mano en la mia,
Y tu mano siento fria,
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! necias mugeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
Ó maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestra ternura,
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay;
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fátuo, falso guia
Que errante y ciego me trae.

¿Porqué murió para el placer mi alma,
Y vive aun para el dolor impío?
¿Porqué si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz, árido hastío?

¿Porqué este inquieto abrasador deseo?
¿Porqué este sentimiento estraño y vago,
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aun su seductor halago?

¿Porqué aun fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?
¿Porqué en pos de fantásticas mugeres
Nécio tal vez mi corazon delira,

Si luego en vez de prados y de flores
Halla desiertos áridos y abrojos,
Y en sus sándios ó lúbricos amores
Fastidio solo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía;
Dó quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creia.

Yo me lanzé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la region etérea,
Y hallé la duda y el radiante cielo
Vi convertirse en ilusion aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mugeres ví de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo,
Palpé la realidad y odié la vida;
Solo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aun y busco codicioso,
Y aun deleites el alma finje y quiere:
Pregunto y un acento pavoroso
«¡Ay! me responde, desespera y muere.

«Muere, infeliz: la vida es un tormento,
Un engaño el placer: no hay en la tierra
Paz para tí, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

«Que asi castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver mas, ni saber ya nada;
Harta mi alma y postrada,
Solo anhela el descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria,
Y otras jóvenes almas engañad;
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mugeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazon.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festin,
Y huya la noche y me sorprenda el dia
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tu nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuan amarga es mi afliccion.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienes....
Tu tambien, como yo tienes,
Desgarrado el corazon.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE

DE

SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros sus brios,
Sus premáticas su voluntad.
QUIJOTE.=*Parte primera.*

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrego, envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas
Vagan, y ahullan los perros
Amedrentados al verlas;
En que tal vez la campana

De alguna arruinada iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldicion y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrio,
No vislumbraba una estrella,
Silvaba lúgubre el viento,
Y allá en el aire, cual negras
Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo en fin á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tormes, fecundo rio,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas,
Cruje y un «¡ay!» se escuchó:
Un «¡ay!» moribundo, un «¡ay!»
Que penetra el corazon,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyó temblor.
Un «¡ay!» de alguno que al mundo
Pronuncia el último á Dios.

El ruido
Cesó,
Un hombre
Pasó
Embozado,
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataud,
Cual si de negro crespon
Lóbrego eterno capuz
La vistiera, siempre oscura
Y de noche sin mas luz
Que la lámpara que alumbra
Una imágen de Jesús,
Atraviesa el embozado,
La espada en la mano aún,
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata bordarla en redor,
Y luego si el viento la agita, la sube
Disuelta á los aires en blanco vapor:

Asi vaga sombra de luz y de nieblas,
Mística y aérea dudosa vision,
Ya brilla ó la esconden las densas tinieblas,
Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombria, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta á espirar,
Que á veces alumbra la imágen sagrada,
Y á veces se esconde la sombra á aumentar:

El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pie,
Y acaso en las sombras tal vez desparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor;
Al mas maldiciente feroz vandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado que aun sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironia,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
De la muger que corteja,
Y hoy despreciándola deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La muger que ha abandonado
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafio,
Ni turbó jamas su brio
Recelosa prevision.
Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impias,
Un chiste á una maldicion.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
Fueros le dá su osadia,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar:
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Felix de Montemar.

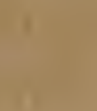
Bella y mas pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor, brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor, que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentía,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ageno
De que oculto en la miel, hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos,
Mas descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisongeros lazos,
Que tege astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Felix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del Dios que la enamora
Dulce le mira, estática le adora.



PARTE SEGUNDA.

.....Except the hollow sea 's,
Mourns ó' er the beauty of the Cyclades.
BYRON.—*D. Juan. Canto 4.º*—

Está la noche serena,
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero, su alba frente
Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz suave
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez se aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman:
Tal era pura esta noche,
Como aquella en que sus alas,

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.

¡Una muger! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañoso el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se para:
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su megilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca,
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta:
El jardin recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se para.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna,
Las mismas son que miráran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora sí ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraida tu arrancas,

¿Sabes á dónde infeliz
El viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusion y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas
Pobres flores de tu alma!!

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió!

Hojas del árbol caidas
Juguete del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon!

¡El corazon sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrio,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navio
Viento en popa navegar;

Optico vidrio presenta
En fantástica ilusion,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones que aumenta
Rica la imaginacion.

Tú eres, muger, un fanal
Trasparente de hermosura,
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aun deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razon un tormento,
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, alli vá que sueña en su locura,
Presente el bien que para siempre huyó;
Dulces palabras con amor murmura,
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirára alli;
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nublo que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento;

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvario
Triste recuerdo el alma le importuna,
Y al margen va del argentado rio,
Y alli las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otra rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica cancion,
Cancion que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazon.

¡Qué me valen tu calma y tu terneza
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna!
¡Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasion que el alma me devora
La desconoce aquel que me enamora!

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

.....

.....

.....

.....

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Suave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendicion, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del dia,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impia.

Una ilusion acarició su mente,
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusion su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud,
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataud.

Mas despertó tambien de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus pies la sepultura,
Volvió á su mente la razon perdida.

La razon fria! la verdad amarga!
El bien pasado y el dolor presente....!
Ella feliz! que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su megilla una lágrima abrasó;
Y asi al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oido:
El es, don Felix, el postrer lamento
De la muger que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento....
A Dios: ni amor ni compasion te pido....
Oye y perdona si al dejar el mundo
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah! para siempre á Dios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oida,
Éstasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusion querida
Que para siempre mísera perdí!...
Ya todo huyó, despareció contigo!
Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mia,
Imágenes de amor encantadoras
Que aun vienen á halagarme en mi agonia.
Mas ¡ay! volad, huid engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero dia
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!
Si aun gozo en recordar mi desvario.

»Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa estan hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura.
Y hoy al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura,
Estos renglones compasivo mira,
Y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamas turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres,
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mugeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trageres,
Llórame, sí; pero palpite exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

»A dios por siempre, á Dios: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida.... calma luego
¡Oh muerte! mi inquietud... sola.... espirante...!
Amame: no, perdona: inútil ruego!
A dios, á Dios ¡tu corazon perdí!
—Todo acabó en el mundo para mí!»

Asi escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Dó los ángeles moran.... Tristes flores
Brota la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores,

Sobre ella un sáuce su ramage inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo....

PARTE TERCERA.

Cuadro dramático.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?
Franco. Paro los ojos.
.....
Los ojos sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO.=*San Franco de Sena.*

PERSONAS.

D. FELIX DE MONTEMAR.
D. DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afan,
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamas
Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad,
Negras de humo las paredes,
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido
Se escucha del huracán,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

PRIMER JUGADOR.

El caballo aun no ha salido.

SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

1.º

La sota.

2.º

Pues por poco se alborota.

1.º

Un caudal llevo perdido:
Voto á Cristo!

2.º

No jureis,
Que aun no estais en la agonía.

1.º

No hay suerte como la mia.

2.º

¿Y cómo cuanto perdeis?

1.º

Mil escudos y el dinero
Que don Felix me entregó.

2.º

¿Dónde anda?

1.º

¡Qué sé yo!
No tardará.

3.º

Envido.

1.º

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada
Y el aspecto varonil:
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,
Con airoso continente
Entró luego un caballero.

1.º

(Al que entra.)
D. Felix, á buena hora
Habeis llegado.

D. FELIX.

¿Perdisteis?

1.º

El dinero que me disteis
Y esta bolsa pecadora.

2.º

D. Felix de Montemar
Debe perder. El amor
Le negara su favor
Cuando le viera ganar.

D. FELIX *(con desden).*

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.
(Al corro con altivez.)
Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.
(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

3.º

Alta poneis la tarifa.

D. FELIX *(con altivez).*

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
Decid.
(Al corro.)
Se vende y se rifa.

4.º *(aparte).*

¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FELIX.

Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
Os toca segun mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.
(Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.)
Una, dos.
(Al perdidoso.)
Con vos no cuento.

1.º

Por el motivo lo siento.

3.º

El as! el as! aquí está.

1.º

Ya ganó.

D. FELIX.

Suerte teneis.
A un solo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

3.º

¿En un golpe?

1.º *(á don Felix).*

Los perdeis.

D. FELIX.

Perdida tengo yo el alma
Y no me importa un ardite.

3.º

Tirad.

D. FELIX.

Al primer envite.

3.º

Tirad pronto.

D. FELIX.

Tened calma:
Que os juego mas todavia,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os llevais este retrato
Con marco de pedrería.

3.º

¿En cien onzas?

D. FELIX.

¿Qué dudais?

1.º *(tomando el retrato).*

¡Hermosa muger!

4.º

No es caro.

D. FELIX.

¿Quereis pararlas?

3.º

Las paro.
Mas ganaré.

D. FELIX.

Si ganais *(se registra todo).*
No tengo otra joya aqui.

1.º *(mirando el retrato).*

Si esta imagen respirára.....

D. FELIX.

A estar aqui la jugára,
A ella, al retrato y á mí.

3.º

Vengan los dados.

D. FELIX.

Tirad.

2.º

Por don Felix cien ducados.

4.º

En contra van apostados.

5.º

Cincuenta mas. Esperad,
No tireis.

2.º

Ván los cincuenta.

1.º

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por don Felix.

5.º

Hecho el juego.

3.º

¿Tiro?

D. FELIX.

Tirad con sesenta

De á caballo.

(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.)

4.º

¿Qué ha salido?

2.º

Mil demonios que á los dos
Nos lleven.

D. FELIX *(con calma al 1.º).*

Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido.
Encomendadme otra vez,
D. Juan, al diablo, no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

3.º

D. Felix, habeis perdido

Solo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FELIX.

¿Cuánto diérais por la dama?

3.º

Yo, la vida.

D. FELIX.

No la quiero.
Mirad si me dais dinero,
Y os la llevais.

3.º

Buena fama
Lograreis entre las bellas,
Cuando descubran altivas
Que vos las haceis cautivas,
Para en seguida vendellas.

D. FELIX.

Eso á vos no importa nada.
¿Quereis la dama? Os la vendo.

3.º

Yo de pinturas no entiendo.

D. FELIX *(con cólera).*

Vos hablais con demasiada
Altivez é irreverencia
De una muger.... y si no!....

3.º

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FELIX *(sosegado).*

Sobre mi palabra os juego
Mil escudos.

3.º

Van tirados.

D. FELIX.

A otra suerte de esos dados;
Y el diablo los prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,
Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero,—
Víbrale al rostro el corazon enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura,—
Sed de sangre su espíritu secó,
Empozoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazon.
Junto á don Felix llega y desatento
No habla á ninguno ni aun la frente inclina,
Y en pie y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.
Miró tambien don Felix al sombrío
Huesped, que en él los ojos enclavó;
Y con sarcasmo desdeñoso y frio
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FELIX.

Buen hombre, ¿de que tapiz
Se ha escapado,—el que se tapa!—
Que entre el sombrero y la capa
Se os vé apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, don Felix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FELIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.

Perdisteis.

3.º

Sí. La fortuna
Se trocó: tiro y van dos.
(Vuelven á tirar.)

D. FELIX.

Gané otra vez (*al embozado*).
No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablasteis blando ó recio
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FELIX.

Podeis, si os plaze, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañia.
Y si Dios aqui os envia
Para hacer mi conversion,
No desprecieis la ocasion
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*).

Don Felix, ¿no conoceis
A don Diego de Pastrana?

D. FELIX.

A vos no, mas sí á una hermana
Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FELIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,
Y quién fue quien la mató.

D. FELIX *(con sarcasmo).*

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentis vos!

D. FELIX.

Calma, don Diego,
Que si vos os moris luego,
Es tanta mi desventura
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho,

Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y por mengua,
En vez de desafiaros,
El corazon arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfaccion muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitára despues.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed á calmar.
Villano!....

(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.)

TODOS.

Fuera de aqui
A armar quimera.

D. FELIX (*con calma levantándose*).

Tened,
D. Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frio
En mi colérico brio
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO.

(*Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.*)
Salid de aqui; que á fe mia,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzára á libraros
La misma vírgen Maria.
Y es tan cierta mi intencion,
Tan resuelta está mi alma,

Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolucion.
Venid conmigo.

D. FELIX.

Allá voy:
Pero si os mato, D. Diego,
Que no me venga otro luego
A pedirme cuenta. Soy
Con vos al punto. Esperad
Cuente el dinero..... *uno... dos...*
(*A D. Diego.*)
Son mis ganancias; por vos
Pierdo aqui una cantidad
Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿y por qué?
Diez... quince... por no se qué
Cuento de amor... un tesoro
Perdido!.... voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate:
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andais y cobarde
Y hablador en demasía.

D. FELIX.

D. Diego, mas sangre fría:
Para reñir nunca es tarde.
Y si aun fuera otro el asunto
Yo os perdonára la prisa:
Pidiérais vos una misa
Por la difunta y al punto...

D. DIEGO.

Mal caballero!...

D. FELIX.

D. Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa;
La ví, me amó, creció el juego,
Se murió, no es culpa mia;

Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mugeres hoy en dia.

D. DIEGO.

¿Estais pronto?

D. FELIX.

Estan contados.
Vamos andando.

D. DIEGO.

Os reis?
(*Con voz solemne.*)
Pensad que á morir venís.

D. FELIX. (*Sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia.*)

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

1.º

Este D. Diego Pastrana
es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

2.º

Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazon su muerte.

3.º

¿Quién sabe? acaso la suerte.....

2.º

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes, ligeramente y de pasada.

(*La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.*)

Spiritus quidem promptus est caro vero infirma.

S. Marcos Evang.

Vedle, D. Felix es: espada en mano,
Sereno el rostro, firme el corazon:
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta,
Ni le turba la imagen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardía
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el ímpio jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con mas asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagarosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del nectar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastára,
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas órgias intentára.

«Dios presume asustarme, ¡ojala fuera,
»Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
»Que entonces, vive Dios, quien soy supiera,
»El cornudo monarca del abismo!»

Al pronunciar tan insolente ultrage
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una muger velada en blanco trage,
Ante la imagen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,
«Gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,
Firme intencion y temerario brío,
El paso vuelve á la muger tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imagen, la devota dama,
Mas si él se para, de moverse dejan:
Y lágrima, tras lágrima, derrama

De sus ojos inmoviles la imagen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira,
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesus, Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara dó alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés:
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veia
Un rostro que vagos recuerdos quizá,
Y alegres memorias confusas traia
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un angel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamas la razon.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropage que ondeante se ve,
Y cual si pisára mullidas alfombras,
Deslízase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de lejos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Asi ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FELIX.

¿Qué, sin respuesta me deja?
¿No admitis mi compañia?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?... ¡Chasco seria!

En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no,
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber donde vais
Y si sois hermosa ó fea,
Quien sois y como os llamais,
Y aun cuando imposible sea,

Y fuerais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detras

Hemos de entrar, ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbára el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:

Y perdonadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,
Que juro á Dios no quisiera,
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama.

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oido
Pero que punzante rasga el corazon;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus alas Sílfide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! El que vió acaso perdida en un dia
La dicha que eterna creyó el corazon,
Y en noche de nieblas, y en honda agonia
En un mar sin playas muriendo quedó!

¡Y solo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno su dolor cruel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y amante mas fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal!!..

Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió!

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!...

¡Ay! Quien ha contado las horas que fueron
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa como huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer.

Y aquellos placeres que el triste ha perdido
No huyeron del mundo que en el mundo estan,
Y él vive en el mundo dó siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!

¡Ay! del que descubre por fin la mentira!
¡Ay del que la triste realidad palpó!
Del que el esqueleto de este mundo mira
Y sus falsas galas loco le arrancó!!..

¡Ay! de aquel que vive solo en lo pasado!
¡Ay! del que su alma nutre en su pesar!
Las horas que huyeron llamará angustiado,
Las horas que huyeron jamas tornarán!!..

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin:

Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazon,
Crecer su delirio, crecer su despecho,
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes, que cuajó el pesar,
Rebentando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afan.

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Unica respuesta que á D. Felix dió,
Hubiera y su inmenso dolor comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FELIX.

«Si buscais algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero ó miente ese recato,
O vos sufris el mal trato
De algun celoso marido.

¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfia;
Con los mudos, reina mia,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de suave melodia
El estudiante oyó que parecia
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la muger aun pura.

»Para mí los amores acabaron,
»Todo en el mundo para mí acabó,
»Los lazos que á la tierra me ligaron
»El cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno
Que de otros mundos la ilusion traia,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria.

Montemar atento solo á su aventura,
Que es bella la dama y aun facil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—Mirad qué reparo.
—Quiza luego os pese.—Puede que por vos.
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.—

—Siento me enamora mas vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal;
Véame en vuestro brazos y máteme luego.
—Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, D. Felix, delirios mundanos.—
—Hola, me conoce!—¡Ay! temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
En penas eternas!—Basta de sermon,

Que yo para oirlos la Cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es mal dulce hablar,
Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mio!—
La figura fatídica esclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente D. Felix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad;
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre son
Arrulla su sueño
Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,
Y mas allá y mas allá:
Ni tiene término el viage,
Ni nunca dejan de andar,
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atras,

Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van;
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni acierta ya donde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas
Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos,
Que en la tierra en desigual
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compas:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal,

Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad,
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De estraño empuge llevado
Con precipitado afan;
Entretanto que su guia
Delante de él sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan,
Vision sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,

Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendaval:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad;
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detras.

«¡Vive Dios! Dice entre sí,
O Satanás se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebí,
En mi cabeza aun humea.

»Sombras, fantasmas, visiones,
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compas del tal concierto.

»Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

»¿Y esta muger quién será?
Mas si es el diablo en persona,
A mí qué diantre me da,
Y mas que el trage en que va
En esta ocasion, le abona.

»Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.

»Ha dado en no responder,
Que es la mas rara locura
Que puede hallarse en muger,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura.»

En tanto D. Felix, á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombria,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crugir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas por el viento inquietas
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene
A compás marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso son:

Llegó de D. Felix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo lejos vió,
Y luego en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venian,
Y luego mas cerca con asombro vé,
Que un féretro en medio y en hombros traian
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo
Cuando todo anuncia que habrá de morir

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve.

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien como D. Felix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Asi en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
El féretro mira D. Felix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto vé,
Que el uno D. Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios Santo! y el otro era él!....

Él mismo; su imagen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa y fria pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió:
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazon.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

»Diga, señor enlutado,
¿A quien llevan á enterrar?»
—Al estudiante endiablado
D. Felix de Montemar.—
Respondió el encapuchado.

—» Mientes, truhan!—No por cierto.—
—Pues decidme á mí quien soy,
Si gustais, porque no acierto
Como aun mismo tiempo estoy
Aqui vivo y alli muerto.

—» Yo no os conozco.—Pardiez,
Que si me llego á enojar....
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

»¡Villano!.... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda ál reves,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies.

»¡El fanfarron de D. Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fue luego
Contando que me mató.

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió:
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

»Con que en fin, ¿dónde vivis?
Que se hace tarde, señora.
—Tarde, aun no: de aqui á una hora
Lo será.—Verdad decis,
Será mas tarde que ahora.

»Esa voz con que haceis miedo
De vos me enamora mas:
Yo me he echado el alma atras;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
D. Felix. ¿Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte caminais?

Con eco melancólico y sombrío
Dijo asi la muger, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus pies la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crugir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes,
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló; mano á la espada
Puso y la sombra intrépido embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada,
Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y en él creciendo el infernal anhelo
Con voz de enojo blasfemando dijo:

»Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermon, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta,
Sabed en fin que donde vayais, voy.

»Un término no mas tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma;
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida
Camina en pós con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron:
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pages ni doncellas acudieron:
Y cruzan á la luz de unas bujías,
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido:
Y por el largo corredor entanto
Sigue adelante, y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales.
Las sombras se alejaban ó venian:
Arcos aqui ruinosos, sepulcrales
Urnas alli y estatuas se veian,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento,
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frio
Yace alli todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado,
Corre alli el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huida;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos, cual carbones rojos,
Y espantaran la misma valentía:
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansion sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamas vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su límite, á la carcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada:
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detras,
Repiten con monótono compás.

Y aquel estraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena:
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro,
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusion descolorida,
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana,
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guia
De la alma dicha la ilusion parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece:
Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del zéfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento.

Humo suave de quemado aroma
Que al aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al ether prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica vision del blanco velo:
Imagen fiel de la ilusion dichosa,
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,
Pensamiento sin fórmula y sin nombre
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guia,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida graderia,
Larga, estrecha y revuelta y que girando
Entorno de él y sin cesar veia
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se estiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino,
Al aire se imagina, se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda
Mil vueltas dando á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguage inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silvos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos, y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mugeres, todos confundidos,
Con sándia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente para,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensára
La blanca dama, y alredor miró,
Y al pié de un triste monumento hallola
Sentada, en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus pies Montemar tomando asiento,
Asi la habló con animoso acento.

Diablo, muger ó vision,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
O diabólica invencion:

Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme en fin ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quien hablo:

Que mas que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon:

Que un poder aqui supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado,
Esta aventura al estremo.

Fúnebre
Llanto
De amor,
Óyese
En tanto
En son

Flebil, blando,
Cual quejido
Dolorido
Que del alma
Se arrancó:
Cual profundo
¡Ay! que exhala
Moribundo
Corazon.

Música triste,
Lánguida y vaga,
Qué á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazon.

Mágico embeleso,
Cántico ideal,

Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracan
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos
Mas cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando vá,
Cual rugen las entrañas
De horrísono volcan.

Y algazara y gritería,
Crugir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento,
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido
Mas cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar entorno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,

Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonia,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del angel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó:
Sintió, removidas las tumbas
Crugir á sus pies con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansion,
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo rüido
Cien espectros alzarse miró:
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;
Y despues entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron despues;
Y enlazadas las manos siniestras,
Con dudoso, espantado ademan
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmovil, irónica mueca
Inclinaron, formando enredor.

Y entonces la vision del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galbánica, cruel, nerviosa y fria,
Histérica y horrible sensacion,
Toda la sangre coagulada envia
Agolpada y helada al corazon!...

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!! Los ecos retumbaron,
La esposa al fin que su consorte halló!!
Los espectros con júbilo gritaron:
Es el esposo de su eterno amor!!

Y ella entonces gritó, *Mi esposo!!* Y era,
¡Desengaño fatal! triste verdad!
Una sórdida, horrible calavera,
La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aun brotando sangre de su corazon;

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha tambien Montemar:
— «Al fin la palabra, que disteis, cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego,
Repuso D. Felix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fé no esperaba volveros á ver.

En cuanto á ese espectro que decis mi esposa,
Raro casamiento venisme á ofrecer,
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa,
Mas no se os figure que os quiera ofender:

Por muger la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

Mas antes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:

Cualquiera ó entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aqui,
No perdiera mucho viniendo á mi boda....
¿Hermano D. Diego, no pensais asi?»

Tal dijo D. Felix con fruncido ceño,
Entorno arrojando con fiero ademan
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla,
La árida, descarnada y amarilla,
Junta y refriega repugnante faz.

Y él envuelto en sus secas coyunturas,
Aun mas sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor:
Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto mas airado forcegea,
Tanto mas se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantose en su cóncavo hueco
Semejante á un ahullido una voz:
Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó:
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.»

Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz;
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética
Que en raudo giro se agita,
Mas cada vez precipita
Su vértigo sin ceder;
Mas cada vez se atropella,
Mas cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata
Violentos mas cada vez:

Y escapa en rueda quimérica,
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres ahullidos
Que pavorosos se estienden,
Los aires rápidos hienden
Mas prolongados aún.

Y á tan continuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle, Montemar;
Y á par que mas su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca, vil materia
Comienza á desmayar.

Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afan:
Y sombras y luces;
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.

Y luego á lo lejos,
Flébil en su oido,
Eco dolorido,
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el agua armoniosa
De noche formó:

Y siente luego
Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vió luego
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.

Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió,
En blando
Concento
Del viento
La voz.

Leve,
Breve
Son.

En tanto en nubes de carmin y grana
Su luz el alba arrebolada envia,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres, el naciente dia:
Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, trasparente y fria,
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huian
Sus sombras y quiméricas mugeres,
Y á su silencio y calma sucedian
El bullicio y rumor de los talleres:
Y á su trabajo y á su afan volvian
Los hombres y á sus frívolos placeres;
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena:

Que era pública voz que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de muger y en una blanca
Túnica misteriosa, revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Habia en fin por Montemar venido!!...
Y si lector dijerdes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.

ADVERTENCIA.

Al poner en limpio los borradores se omitieron involuntariamente las cuatro octavas siguientes del Fragmento 1.º del poema PELAYO, que deben leerse á continuacion de la II, en la página 14.

Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á Occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Dó la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo rio.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Alli entregada á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de nectar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer, beldad voluptuosa,
Y aroma exhala si feliz suspira,
Del puro labio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que mas que todas es cándida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato nectar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.